

AÑO VII
Nº140



ZURAMERICA

ediciones & publicaciones

— Todos somos Sísifo —

— El libro como símbolo de refinamiento —

— La primera vez que se impuso una cuarentena —

— Teorías sobre la muerte de Edgar Allan Poe —

LIBROS:

Nunca es fácil de Gerardo Rocha

Todos sus cuentos de Nicomedes Guzmán

La sombra del general de Jacqueline Pinochet

El sitio de Villa Rica de José Pablo Domínguez



Saurios...

VEINTEMILLONES

INVIERNO 2026 - MEDIADOS DE JULIO

Editorial

En *El Hacedor* (1960), Borges.

Bruscamente la tarde se ha aclarado
porque ya cae la lluvia minuciosa.
Cae o cayó. La lluvia es una cosa
que sin duda sucede en el pasado.
Quien la oye caer ha recobrado
el tiempo en que la suerte venturosa
le reveló una flor llamada *rosa*
y el curioso color del colorado.
Esta lluvia que ciega los cristales
alegrará en perdidos arrabales
las negras uvas de una parra en cierto
patio que ya no existe. La mojada
tarde me trae la voz, la voz deseada,
de mi padre que vuelve y que no ha muerto.

¡Buena lectura!

El editor de Zuramérica





Todos somos Sísifo

Entonces, ¿el secreto de la felicidad consiste en tener siempre un lugar hacia el que ir para tratar de saciar nuestra necesidad de tener un propósito?

El pobre Sísifo tiene un único objetivo en la vida: empujar una pesada roca hasta la cima de una montaña. El problema es que, cada vez que se aproxima a la cumbre, la roca rueda montaña abajo, obligándolo a comenzar de nuevo con su ardua tarea.

Su historia es solo un mito, pero todos somos Sísifo en cierta manera. Cada día, cuando suena el despertador, comenzamos a empujar nuestra roca. Esta será más pesada que la de algunos Sísifos y más liviana que la de otros, pero indudablemente vamos a tener que empujarla sí o sí hacia una cúspide que sabemos de antemano que jamás alcanzaremos.

La roca no es otra cosa que nuestras obligaciones del día a día. Esas que, al menos en su mayoría, no podemos eludir; lo mismo que le sucede a Sísifo con el pedrusco que acarrea una vez tras otra, inmerso en un bucle eterno y, aparentemente, carente de sentido.

Trabajar, pagar facturas, agacharnos para anudarnos los cordones de los zapatos, cepillarnos los dientes, comer, dormir, ir al baño, respirar... casi todo lo que hacemos forma parte de una rutina, del mismo modo que Sísifo tiene la suya. Pero «son nuestras obligaciones», nos decimos; sin ellas no podríamos existir, al igual que le ocurre a él.

Sin embargo, hay dos grandes diferencias entre nosotros y el referido personaje mitológico: una es que nuestra existencia es finita y la otra, que nosotros sí que podemos elegir qué hacer con ella, aparte de cargar con nuestra propia roca.

En limpio, sí, «son nuestras obligaciones», pero a veces nos concentramos tanto en esa absorbente tarea que es sobrevivir, que nos olvidamos de vivir. Deberíamos tener reuniones frecuentes con nosotros mismos para preguntarnos si todas y cada una de esas obligaciones son realmente obligatorias y, sobre todo, si hoy hemos hecho alguna cosa que nos apetecía hacer o si todo han sido sacrificios.

Además, la fugacidad de nuestra existencia, al menos en la única realidad que sabemos con certeza que existe, implica que, como casi todo lo finito y escaso, es algo codiciado. ¿Y si el hecho de estar vivos ya es motivo suficiente para sentirnos en plenitud?

A Sísifo se le indujo una necesidad imperiosa de poseer un objetivo que le dé sentido a su banal existencia. Su penitencia radica en la imposibilidad de saciar un hambre voraz. Pero ¿y si resulta que en realidad no necesitamos para nada un objetivo que nos aparte de experimentar la existencia estando tan presentes como nos sea posible? ¿Y si la mitad de esas obligaciones nos sobra? ¿Y si nuestras obligaciones y los sacrificios que hacemos en pos de conseguir una meta ansiada, a lo único que conducen es a distraernos de lo más importante?

¡Estamos vivos!

¡Estamos aquí!

Entonces, ¿el secreto de la felicidad consiste en tener siempre un lugar hacia el que ir para tratar de saciar nuestra necesidad de tener un propósito? ¿O más bien tiene que ver con liberarnos de tanto lastre como seamos capaces y centrarnos en experimentar el azul del cielo, el olor de la lluvia, el calor del sol primaveral sobre el rostro, el sabor de esa comida que tanto nos gusta y cualquier otra cosa que creamos que pudiéramos echar de menos si fuéramos capaces de echar cosas de menos una vez muertos?

Lo cierto es que nacemos sin un manual de instrucciones y nadie sabe la respuesta a estas incógnitas. Pero tal vez el «secreto» se encuentra en dar con un punto de equilibrio entre ambos extremos: liberarnos de las obligaciones que en realidad no lo son, buscar metas que de verdad nos motiven y disfrutar tanto como nos sea posible del camino hacia esos objetivos elegidos y jamás autoimpuestos; pero también dedicarnos tiempo a

nosotros mismos, reflexionar sobre todo y sobre nada,
hablarle con cariño a la persona del otro lado del espejo,
preguntarnos las cosas sabiendo que hoy la respuesta
puede ser una y mañana otra muy distinta, respirar,
tumbarnos a contar estrellas sin tener ningún objetivo
más allá que saborear la vida en todo su esplendor.
¿Acaso hay algo mejor que eso?

Referencias: (1); (2); (3); (4).

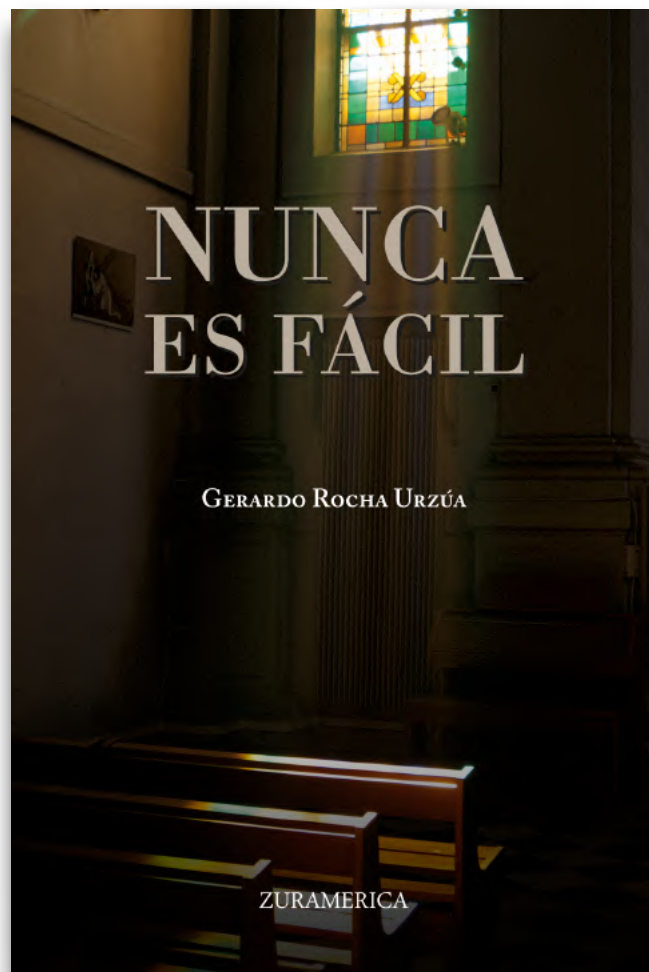
Palabras

“Tener el derecho de hacer algo no es lo mismo que estar en lo correcto de hacerlo”.

G. K. Chesterton

Novela

Dos amigos de esferas sociales tan dispares se reencuentran: una joven mujer católica, privilegiada, y un hombre de su edad, ateo, proveniente de una familia vulnerable. Tras un grave suceso en el que su madre sobrevive a una intoxicación aguda por alcohol, el joven se cuestiona y replantea su perspectiva del mundo, sumergiéndose en la búsqueda de respuestas en las creencias de su amiga espiritual. Desde ese momento, ambos comienzan a tejer diálogos profundos de los ámbitos de la teología y la filosofía, explorando la naturaleza de la existencia humana, la posible presencia de lo divino, el origen de la moralidad, la ética y la búsqueda de la verdad. Todo lo mencionado anteriormente ocurre mientras sus vidas siguen transcurriendo, y en ellas se van desarrollando acontecimientos y hechos que los conducirán a un desenlace inesperado.



[COMPRAR AQUÍ](#)

Nunca es fácil

Gerardo Rocha Urzúa

16 x 23 cm / 230 páginas

978-956-9776-74-8

2026, julio.

\$ 20.500

[Prensa y medios](#)



El libro como símbolo de refinamiento

(Y OSTENTACIÓN SOCIAL)

El elitismo cultural está presente en los libros prácticamente desde sus orígenes. En la antigua Mesopotamia, solo un pequeño grupo de privilegiados escribas tenía el conocimiento necesario para descifrar las tablillas cuneiformes.

Desde el momento en que nacieron los primeros sistemas de escritura en Egipto, Mesopotamia y China en torno al cuarto milenio a. C., la lectura empezó a considerarse como algo extraordinario. Las tablillas de arcilla en las que se inscribían las marcas y signos se consideraban objetos únicos, valiosísimos y, en ocasiones, sagrados o mágicos. La capacidad para descifrar e interpretar los signos y símbolos que había en

ellas era prácticamente un don que estaba reservado a unos pocos elegidos. Curiosamente, esa importancia simbólica de la lectura se ha mantenido a lo largo de la historia y aún hoy en día muchos lectores siguen acercándose a los textos escritos en busca de refugio espiritual. Durante muchos siglos, la lectura ha sido una señal de estatus cultural y social que tenía su expresión más elevada en el amor incurable y desmesurado por los libros.

El elitismo cultural está presente en los libros prácticamente desde sus orígenes. En la antigua Mesopotamia, solo un pequeño grupo de privilegiados escribas tenía el conocimiento necesario para descifrar las tablillas cuneiformes. El acceso a ese conocimiento era protegido celosamente por los propios escribas, conscientes de que esa autoridad cultural les otorgaba un tremendo prestigio. Es esa la primera vez en la historia que nos encontramos con la lectura vinculada a un estatus y un poder simbólicos.

En Roma, desde el siglo II a. C., volvemos a encontrar los libros asociados al prestigio cultural al ser convertidos en artículos de lujo que solo los más adinerados podían costearse. No deja de ser sorprendente que el mismísimo Séneca, en el siglo I d. C., criticara la actitud de las personas que «sin educación escolar usan los libros no como herramientas de estudio, sino como decoraciones para el comedor». Además de arremeter contra los extravagantes coleccionistas de pergaminos, afirmando que las bibliotecas, atestadas hasta el techo, se habían convertido en «un ornamento esencial de una casa rica», el filósofo cordobés fue muy crítico con las lecturas públicas (*recitatio*) que se pusieron

muy de moda en la época, al considerarlas pura ostentación cultural para la promoción política y el lucimiento social de los ciudadanos ricos. Y no fue el único que censuró esta costumbre. Algunos de los más importantes escritores satíricos, como Horacio, Petronio, Juvenal o Marcial, también lo hicieron.

Tras la caída del Imperio Romano en el siglo V, las bibliotecas privadas se convirtieron en el símbolo máximo de elegancia, sofisticación y refinamiento. Para reafirmar su superioridad social, muchos nobles invirtieron importantes esfuerzos durante la Edad Media para poseer una. La máxima referencia en esta época es el monje benedictino y obispo de Durham Richard de Bury, considerado uno de los primeros coleccionistas de libros de la historia. Para transmitir su amor por los libros a los clérigos, Bury escribió el *Filobiblión*, el documento bibliófilo más importante de la Edad Media. Bury presentaba en pleno siglo XIV los síntomas propios del bibliómano: el acaparamiento excesivo y desorbitado de libros. En el *Filobiblión* habla de esa obsesión acaparadora y de sus esfuerzos para establecer la biblioteca de Oxford. El monje tenía tantos libros que era imposible entrar en sus aposentos sin pisarlos. En el prólogo del *Filobiblión*, Bury admite que su exaltado amor por los libros le llevó a abandonar todas las cosas terrenales. Pero además de una especie de defensa de su ambicioso apetito coleccionista, el *Filobiblión* incluye valiosos detalles para bibliotecarios sobre cómo prestar y cuidar los libros.

Es como si Bury intuyera las críticas que podían derivar de su pasión. Y de hecho las hubo. El humanista alsaciano Sebastian Brant recoge al bibliófilo como uno

de los 112 tipos de tontos que pueblan su sátira *La nave de los locos*. Pero aunque el libro de Brant fue todo un éxito, resultó insuficiente para poner freno al cada vez más extendido amor por los libros. A partir del Renacimiento, gracias al desarrollo del comercio, el estatus económico deja de identificarse con la nobleza de la sangre y los libros no son ya tanto un signo de distinción social como del dinero que se posee. Esto, unido a la aparición de la imprenta, hace que los libros se conviertan en objetos más extendidos y la lectura en una actividad más habitual. Los libros no son ya ese elemento misterioso al que tienen acceso unos pocos privilegiados, sino una forma de conocer el mundo y de conocerse a sí mismo. La vinculación espiritual, por tanto, se mantiene, aunque en otro sentido.

Ese componente inmaterial es lo que muchos pintores tratan de plasmar durante el siglo XVI. En el Renacimiento se ponen de moda los cuadros sobre libros y los retratos de personas leyendo. Un ejemplo es el retrato que Agnolo Bronzino hace de Dante, sosteniendo una enorme edición abierta del *Paradiso*. El libro dice muchísimo de Dante: el poeta aparece con ese estatus asociado ancestralmente a la lectura, como un ser lleno de madurez espiritual, culturalmente superior.

Desde el siglo XVIII, la lectura pierde casi por completo su condición elitista y se extiende al conjunto de la población. Los antiguos intelectuales, temerosos de perder su exclusividad, tienden a referirse a sí mismos como «hombres de letras». Es también el momento en el que la bibliofilia se convierte más que nunca en una obsesión malsana, en bibliomanía, considerada una enfermedad en el siglo XIX. Aparece la figura del

coleccionista dispuesto a invertir toda su vida y su fortuna en construir la biblioteca personal más espectacular. Como Thomas Philipps, que consiguió recopilar una colección personal de 40 000 libros impresos y unos 60 000 manuscritos, la colección más grande de todo el siglo XIX. Para ello tuvo que invertir una cantidad de dinero de entre doscientas mil libras y un cuarto de millón, con un gasto medio de cuatro o cinco mil libras al año, lo que le llevó a él y a su familia a la ruina. Ya lo dijo el propio Philipps en alguna ocasión: quería tener una copia de todos los libros del mundo. O el caso de Richard Heber, que poseía ocho casas en las que guardaba más de 146.000 libros raros, una colección en la que gastó una fortuna de unas 100.000 libras. Los libros son, a partir de ese momento, una forma de elitismo económico más que cultural.

Por otra parte, desde el momento en que ya todo el mundo puede leer, la única forma de distinguirse es diferenciar una buena lectura de una mala. Esa es la opinión que encontramos, ya en el siglo XX, en Virginia Woolf, que en *El lector común* describe al lector medio como alguien «apresurado, inexacto y superficial», peor educado que el crítico y con una serie de deficiencias «demasiado obvias para ser señaladas». También lo hace Vladímir Nabokov en *Lecciones de literatura europea*, como recuerda Iván Thays. Esta idea, curiosamente, ha llegado hasta nuestros días. No es extraño encontrar a críticos literarios que distingan entre la alta literatura y la de masas, adjudicándole un valor cultural desigual a cada una de ellas. De esta manera, el sentimiento elitista de superioridad cultural consigue mantenerse intacto a pesar de que la lectura se haya convertido en una actividad habitual en buena parte del mundo.

Con la aparición de los libros digitales, el significado de la lectura ha cambiado. El clásico enfrentamiento entre los libros impresos y los electrónicos esconde detrás mucha más simbología de lo que parece. La lectura digital, ya sea a través de ordenadores, de tabletas, de smartphones o incluso de ebooks, parece estar presente en todas partes. Y volviendo a la distinción que hacía Woolf, tiende a asociarse con la peor de las lecturas posibles, la menos profunda, la más rápida y superficial, una idea defendida y aplaudida por infinidad de autores, como Nicholas Carr, por señalar solo uno de ellos. Se da entonces un hecho singular: gracias a la tecnología digital, los libros físicos han vuelto a recuperar su estatus de distinción y refinamiento cultural. Como en el retrato de Dante, las personas consiguen construir su identidad a través del soporte en el que leen. Por una parte, los libros impresos conectan con una tradición que tiene milenios y por otra, permiten hacer una ostentación de la lectura que con los soportes digitales no es posible. Eso explica que muchas de las primeras ediciones del siglo XX hayan doblado su precio en muy poco tiempo. No es lo mismo ver en el parque a un adolescente leyendo un libro impreso que verlo leyendo en la pantalla de su móvil. Un padre que lee a su hijo en el transporte público está poniendo de manifiesto al mundo su superioridad cultural al transmitir de forma evidente a otro ser humano su amor por los libros.

No estamos muy lejos de lo que criticaba Séneca: las bibliotecas privadas siguen siendo símbolos de ostentación cultural. Con muchísimo acierto y humor el dibujante Jeffery Koterba consigue plasmar esta realidad. El clásico intelectual de fachada aparece sentado con su

clásica pipa de fumar ante su biblioteca, ahora compuesta únicamente por libros digitales. Un lector que intuimos común, siguiendo la terminología de Virginia Woolf, se sorprende y afirma: «Kindle, Nook, Sony Reader... Creo, Hardwick, que esta es una biblioteca impresionante».

Referencias: (1); (2); (3); (4).

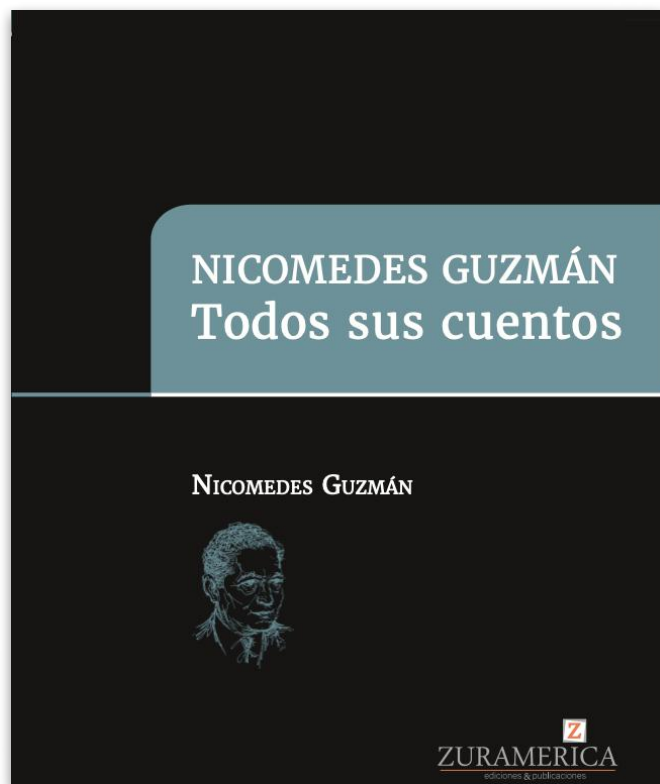
Definiciones

“Nunca juegues limpio en un juego donde los demás hacen trampa”.

Nicolás Maquiavelo

Rescate patrimonial

Por primera vez se recopilan todos los cuentos del autor, desde las colaboraciones que realizó en la revista *El Peneca* entre 1931 y 1937, donde, con el seudónimo de "Ovaguz", publicó ilustraciones, crónicas deportivas y textos literarios que marcaron un hito importante en su formación, pues pudo conocer a artistas, como Fidelicio Atria, que influyeron en el desarrollo de sus habilidades técnicas y sus nociones estéticas. Junto con los cuentos presentes en sus libros *Donde nace el alba* (1944); *Una moneda al río* (1954); *El pan bajo la bota* (1960); se publican aquí algunos muy poco conocidos, como los que aparecen en la revista *Grupos culturales de Chile* (1959). En su vasta trayectoria como escritor y editor, Nicomedes Guzmán se preocupó de afianzar un imaginario del trabajo y la justicia social y de abrir nuevos surcos profesionales que ayudaron a diversificar la concepción de la literatura desde una perspectiva amplia, como un conjunto de prácticas en las que se integraban la ilustración, el diseño tipográfico, la encuadernación y la edición; que aquí presentamos respetando sus principios.



[COMPRAR AQUÍ](#)

Nicomedes Guzmán . Todos sus cuentos

Nicomedes Guzmán

16 x 21 cm / 352 páginas

Tapa blanda, solapa extendida

978-956-9776-46-5

2023, diciembre.

\$ 19.500.-

Por primera vez se recopila todos los cuentos del autor, desde las colaboraciones que realizó en la revista *El Peneco* entre 1931 y 1937, donde, con el seudónimo de "Ovaguz", publicó ilustraciones, crónicas deportivas y textos literarios que marcaron un hito importante en su formación pues pudo conocer a artistas, como Eldelicio Atria, que influyeron en el desarrollo de sus habilidades técnicas y sus nociones estéticas. Junto con los cuentos presentes en sus libros *Donde nace el alba* (1944); *Una moneda al río* (1954); *El pan bajo la bata* (1960); y algunos muy poco conocidos como los que aparecen en la revista *Grupos culturales de Chile* (1959). En su vasta trayectoria como escritor y editor, Nicomedes Guzmán se preocupó de afianzar un imaginario del trabajo y la justicia social y de abrir nuevos surcos profesionales que ayudaron a diversificar la concepción de la literatura desde una perspectiva amplia, como un conjunto de prácticas en las que se integraban la ilustración, el diseño tipográfico, la encuadernación y la edición; que aquí presentamos respetando sus principios.



Nicomedes Guzmán (Óscar Nicomedes Vásquez Guzmán), nació en Santiago el 25 de junio de 1914, fue uno de los miembros más destacados de la Generación de 1938. Quizás el único integrante de extracción proletaria, participó de manera activa tanto en la acción cívica como en diversos ámbitos de la literatura, como la creación, la edición y la imprenta. Narrador y poeta, Guzmán fue autor del libro de poesía *La ceniza y el sueño* (1938); de novelas que marcaron hitos en la tradición literaria chilena como *Los hombres oscuros* (1939), *La sangre y la esperanza* (1943), *La luz viene del mar* (1951); y varios libros de cuentos. Como escritor, fue capaz de crear una visión de la marginalidad que escapaba de la concepción estereotípica de los sujetos populares. Su obra, vinculada con el marxismo, revistió el mundo narrado de un halo de esperanza y redención histórica que exploró las causas y consecuencias de las desigualdades en la sociedad capitalista. Los temas de su obra literaria, centrados en aspectos sociales predominantes de la vida chilena de la época, hicieron énfasis en la injusticia social, la explotación de trabajadores y trabajadoras, la vida miserable de los suburbios, la degradación moral en la pobreza y la corrupción en el poder. Además de su trabajo como escritor, Nicomedes Guzmán estuvo ligado desde muy joven al mundo editorial a partir de su experiencia en diferentes oficios de imprenta y de colaboraciones con distintas revistas. También, se preocupó de impulsar la obra de escritores inéditos y de divulgar la de escritores consagrados con el objetivo de enriquecer la producción literaria nacional y latinoamericana.



La primera vez que se impuso una cuarentena

Lo llamaron *quarantino*, una palabra italiana que designa un período de cuarenta días, un tiempo que, según piensan muchos historiadores, se inspiró en diferentes eventos bíblicos.

La primera cuarentena impuesta por un estado tuvo lugar en la actual Dubrovnik, en Croacia, una antigua ciudad amurallada en lo alto de los acantilados del mar Adriático. Sí, las primeras personas a las que se les impuso una cuarentena, hace más de seiscientos años, tendrían unas vistas maravillosas, pero las consecuencias por romper esa cuarentena eran bastante menos halagüeñas y sin duda más radicales que cualquier medida actual. El castigo por romper esa cuarentena podría suponer desde la amputación de una

oreja o de una nariz hasta, en el peor de los casos, la muerte.

Todo comenzó en 1377, cuando la peste negra estaba a punto de matar a un tercio de los europeos. Dubrovnik, al estar en el centro de la República de Ragusa, se encontraba entre las ciudades comerciales más ricas y prósperas de la época, y por supuesto quería mantener ese estatus. Como era una ciudad pequeña y no podía permitirse el lujo de cerrar sus puertas, como sí habían hecho las grandes ciudades comerciales de Venecia o Milán, los gobernantes idearon un plan para obligar a los visitantes a esperar durante cuarenta días en una de las muchas islas desoladas frente a la costa, antes de permitirles el desembarco. En ese aislamiento contarían con un escriba, un par de guardias, un par de limpiadores y un sepulturero.

Lo llamaron *quarantino*, una palabra italiana que designa un período de cuarenta días, un tiempo que, según piensan muchos historiadores, se inspiró en diferentes eventos bíblicos, como los cuarenta días de lluvia que inundaron la Tierra en la historia del Arca de Noé o como cuando Jesús, en el Nuevo Testamento, ayuna en el desierto durante cuarenta días.

De esta forma, esta ciudad se convirtió en la primera del mundo en idear una política estatal de cuarentena como forma de garantizar la continuidad del negocio durante los peores años de una epidemia, la de la peste negra. El crecimiento económico fue, por tanto, la principal razón para establecer esa cuarentena, un planteamiento no demasiado distinto al que podemos ver en la actualidad.

Casi trescientos años después, en 1642, la ciudad construyó lazaretos, una serie de edificios a las afueras de la muralla de la ciudad donde los visitantes, en su mayoría del Imperio Otomano, esperarían sus cuarenta días correspondientes.

Referencias: (1); (2); (3); (4).

Frases

“Un árbol torcido vive su propia vida, pero un árbol recto termina convertido en madera”.

Proverbio chino

No ficción

Comparable a los testimonios de Carmen Franco, Alina Fernández Revuelta o Svetlana Alilúyeva, también hijas de figuras controversiales de la historia reciente, caracterizadas por la polémica y polarización que generan sus acciones e ideas, este libro autobiográfico es, por sobre todo, valiente, e invita al lector a conocer a través de los ojos de una protagonista única, sus recuerdos y reflexiones con respecto a su infancia, a la relación con su familia y su vida en medio de la disputa y el escrutinio público. Con una narrativa honesta y sin tapujos, ofrece una mirada particular y reveladora de uno de los periodos más debatidos de la historia de Chile, así como aspectos inéditos de la vida privada de figuras enigmáticas de aquel tiempo. A través de sus palabras se presenta un enfoque introspectivo y sincero sobre la existencia de una mujer que vivió en medio de la turbulencia política y social, y que revela, en primera persona, su punto de vista sobre los acontecimientos que la definieron, así como sus experiencias personales y las repercusiones que tuvieron en su vida, marcada por el dolor y sufrimiento, pero también por el amor, el sacrificio y la lucha interior. Un aporte para comprender la historia del Chile reciente y una contribución a la tan añorada reconciliación por su visión reveladoramente humana de sus polémicos actores.



[COMPRAR AQUÍ](#)

La sombra del general

Jacqueline Pinochet Hiriart

16 x 23 cm / 296 páginas

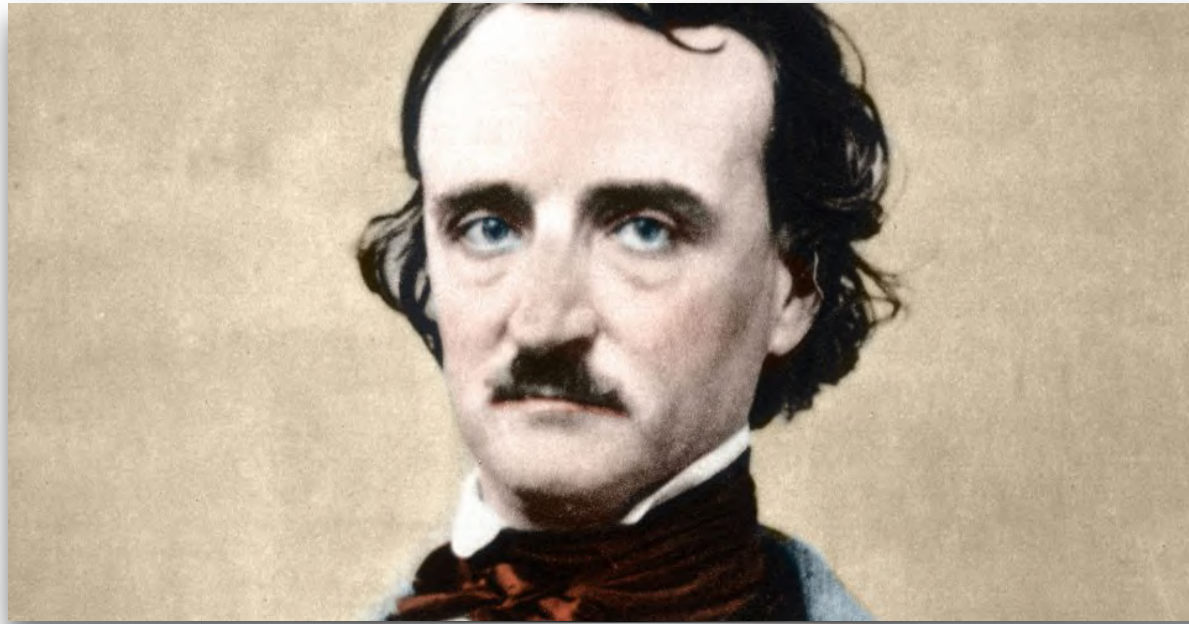
978-956-9776-05-2

2024, diciembre.

\$ 22.500.-

Teorías sobre la muerte de Edgar Allan Poe

A lo largo de los años, se han propuesto infinidad de causas para explicar la muerte de Poe, desde suicidio relacionado con estados depresivos o raras enfermedades del cerebro, hasta diabetes o hipoglucemia, pasando por el abuso de drogas, sífilis, apoplejía, cardiopatías, epilepsia o meningitis, entre otras.



La muerte de Edgar Allan Poe está envuelta en tal misterio que parece directamente sacada de las páginas de uno de sus relatos. El último dato fiable que se conoce es que el 27 de septiembre de 1849 partió de Richmond, Virginia, hacia Filadelfia para editar una colección de poemas para la señora St. Leon Loud, una figura menor de la poesía estadounidense de la época. El 17 de octubre el poeta iba a contraer matrimonio con Sarah Elmira Royster y quienes lo vieron en Richmond lo encontraron con un buen estado de ánimo. Sin embargo, nada más se sabe sobre su

paradero hasta que una semana más tarde, el 3 de octubre, un impresor llamado Joseph W. Walker lo encontró en el suelo de una de las calles de Baltimore, frente al Salón del Artillero, en un estado lamentable: despeinado, demacrado, sucio, casi inconsciente, delirando y con unas ropas completamente destrozadas que no eran de su talla.

Walker le preguntó a Poe si tenía conocidos en Baltimore que pudieran ayudarlo y este, en mitad del delirio, le dio el nombre del editor Joseph E. Snodgrass. Así que Walker escribió la siguiente nota a Snodgrass comunicándole el terrible suceso: «Estimado señor, hay un caballero, más bien mal vestido, en el 4.º distrito de Ryan, que se hace llamar Edgar A. Poe, y que aparenta estar muy angustiado; dice ser conocido de usted y, le aseguro, está necesitado de ayuda inmediata. Suyo, apresuradamente, Jos. W. Walker». Después de leer la nota, Snodgrass se apresuró al lugar donde se encontraba Poe y lo trasladó al hospital de la Universidad de Washington, donde fue atendido por el doctor John Joseph Moran.

El día 7 de octubre, a las 5:00 de la madrugada, fallecía Poe en ese mismo hospital, sin que en ningún momento tuviera la suficiente lucidez como para explicar cómo había llegado a tan deplorable estado. Lo único que acertó a decir en sus últimos momentos fue «¡Que Dios ayude a mi pobre alma!», además de repetir de forma obsesiva el nombre de un tal Reynolds, cuya identidad se desconoce. Además de la enigmática identidad de Reynolds, la muerte de Poe está rodeada de otros misterios: se le negaron las visitas en sus últimos días, las declaraciones del doctor Moran –la última

persona que lo vio con vida– estaban llenas de contradicciones y su certificado de defunción desapareció para siempre.

Oficialmente, la causa de la muerte, según informaron algunos periódicos de la época, había sido una «congestión del cerebro» o una «inflamación cerebral», que eran eufemismos que se utilizaban para las muertes causadas por alcoholismo. No obstante, teniendo en cuenta que todos los registros y documentos médicos, incluyendo el acta de defunción, se perdieron, la causa verdadera de la muerte de Poe sigue siendo un misterio.

A lo largo de los años, se han propuesto infinidad de causas para explicar la muerte de Poe, desde suicidio relacionado con estados depresivos o raras enfermedades del cerebro, hasta diabetes o hipoglucemia, pasando por el abuso de drogas, sífilis, apoplejía, cardiopatías, epilepsia o meningitis, entre otras. En un artículo publicado en la revista del Smithsonian, Natasha Geiling hace un repaso por nueve de las teorías más habituales que suelen darse para tratar de desentrañar el enigma de la muerte de Poe. Aunque hay muchas más, me gustaría hacerme eco de estas a continuación.

1. Alcohol

Es la primera explicación que se le dio a su muerte. Snodgrass, que era partidario de la abstinencia, estaba seguro de que Poe murió de alcoholismo y así lo comunicó. Lo que le había pasado a Poe era un final ejemplar para todos aquellos que abusaban del alcohol. Sin embargo, Moran contradice esta versión, ya que según su examen médico Poe no presentaba síntomas de

intoxicación ni su aliento olía a licor. Se sabe que Poe durante algunas épocas de su vida fue bastante aficionado a la bebida, aunque, según se ha documentado, no era capaz de soportar más de una copa de vino sin caer ebrio. Durante algunas épocas de su vida, coincidiendo con los periodos difíciles, llegó a beber bastante, pero en otros momentos prácticamente no probaba el alcohol. De hecho, meses antes de su muerte ingresó en los Hijos de la Templanza, un movimiento para evitar el alcohol. El encargado de supervisar el compromiso abstemio de Poe era William Glenn, que declaró que años después dijo que no había razones para creer que este hubiera violado su promesa mientras estaba en Richmond.

2. Una paliza

Fue una de las primeras teorías distintas al alcohol. Sugerida por su biógrafo E. Oakes Smith, esta hipótesis sostiene que Poe fue salvajemente golpeado a causa de un lío de faldas, como venganza personal de una mujer a la que había hecho daño. También puede combinarse con la anterior. Eugene Didier escribió un artículo en 1872 donde sostenía que Poe se había encontrado en Baltimore con algunos amigos de West Point, que había ido a beber con ellos, que se había emborrachado rápidamente y que se retiró a pasear solo, hasta que fue robado y golpeado por una pandilla de ladrones.

3. Fraude electoral

El *cooping* era un método de fraude electoral común en los Estados Unidos durante el siglo XIX que consistía en secuestrar a una víctima inocente, drogarla o emborracharla, disfrazarla y obligarle a votar por un

mismo candidato varias veces en distintos lugares bajo múltiples identidades. Algunas señales apuntan hacia esa posibilidad, como por ejemplo que Poe fuera encontrado en un día de elecciones o que vistiera una ropa de una talla que no le correspondía. Es por eso que desde 1870 ha sido una de las explicaciones más aceptadas y una de las más habituales en sus biografías.

4. Envenenamiento por monóxido de carbono

En 1999, Albert Donnay, un ingeniero de salud ambiental de Baltimore, lanzó la teoría de que la muerte de Poe podía ser el resultado de una intoxicación por monóxido de carbono del gas de carbón que se utilizaba para la iluminación interior durante el siglo XIX. Donnay analizó muestras del cabello de Poe en busca de restos del gas de carbón. Sin embargo, sus conclusiones no fueron tan decisivas como para demostrar que tenía razón, así que la teoría fue desechada.

5. Envenenamiento por metales pesados

Las pruebas de Donnay no demostraron la teoría del envenenamiento por monóxido de carbono, pero sí revelaron niveles elevados de mercurio los meses anteriores a la muerte de Poe. Meses antes de su muerte se produjo una epidemia de cólera en Filadelfia y Poe estuvo expuesta a ella –por cierto, que el cólera es otra de las teorías que se barajan para su muerte–. En una carta a su tía Maria Clemm escribió diciéndole que podría «haber tenido el cólera o espasmos igual de malos». Para combatir esos síntomas el médico de Poe le habría recetado cloruro de mercurio, lo que explica el envenenamiento, además de los terribles delirios y las alucinaciones que tuvo antes de morir. Pero, a pesar de

que se encontrase restos de mercurio en el cabello de Poe, sus niveles siguen estando muy por debajo de lo que se considera necesario para que se produzca intoxicación.

6. Una gripe

Otra posibilidad que encaja con el escenario anterior, sin necesidad de tener que recurrir al cólera, es pensar que Poe pasara por una gripe que se le complicara en neumonía. En efecto, su última noche en Richmond estaba delicado de salud, tanto que Sarah Elmira llegó a pedirle que no hiciera el viaje. Poe llegó a visitar a un médico, que le dio ese mismo consejo. La intensa lluvia que había en Baltimore puede explicar por qué Poe llevaba unas ropas que no eran las suyas –contando con que las suyas se mojara–, y la fiebre provocada por la neumonía puede explicar las alucinaciones.

7. Rabia

En 1996, durante una conferencia de patología clínica en la que se le presentaba a varios médicos la descripción de los síntomas de un paciente hipotético para que se realizara un diagnóstico, al doctor Michael R. Benítez se le consultó acerca de un tal «EP, escritor de Richmond». Tras explicar los síntomas de EP –delirio, alucinaciones, frecuencia del pulso, respiración rápida– el doctor dictaminó que el paciente padecía de rabia. Más tarde supo que EP era Edgar Allan Poe y escribió un artículo que corrió como la pólvora. Sin embargo, aunque la rabia era algo bastante habitual en el siglo XIX, sin un análisis de ADN es imposible certificar con absoluta seguridad que ese fuera el motivo. Además, hay

que tener en cuenta que Poe no presentaba ninguna evidencia de mordedura.

8. Un tumor cerebral

Esta teoría, una de las más recientes, podría explicar el extraño comportamiento de Poe en sus últimos momentos. El poeta fue enterrado originalmente sin lápida, pero en 1875 sus restos fueron trasladados a su localización actual, el cementerio de Westminster. Según varios testimonios, cuando el cuervo de Poe fue exhumado su cráneo se encontraba en perfectas condiciones y su figura era perfectamente reconocible. Uno de los trabajadores que retiró los restos notó que había una extraña protuberancia en el cráneo, según la prensa, el cerebro del autor. El escritor Matthew Pearl, que escribió un conocido thriller sobre la muerte de Poe titulado *La sombra de Poe*, en la fase de documentación de su novela llegó a consultar a un médico forense sobre la protuberancia. Este le dijo que, si bien no podía tratarse del cerebro, sí podía ser un tumor, que puede llegar a calcificarse tras la muerte.

9. Asesinato

Es una de las teorías más recientes, y quizá una de las más atractiva porque convierte los últimos días de Poe en una especie de relato policíaco. En el año 2000 el autor John Evangelist Walsh lanzó la hipótesis de que Poe podría haber sido asesinado por los tres hermanos de Sarah Elmira, que estaban en contra del matrimonio. Según Walsh, al descubrirlo Poe cambió su ropa y se ocultó durante casi una semana en Filadelfia, antes de regresar a Richmond para su boda. Pero Poe fue interceptado en Baltimore, donde le obligaron a beber

whisky y lo golpearon hasta dejarlo en un estado cercano a la muerte. No obstante, aunque esta hipótesis da para una buena novela, los historiadores, biógrafos y expertos en Poe no la tienen en demasiada consideración.

Referencias: (1); (2); (3); (4).

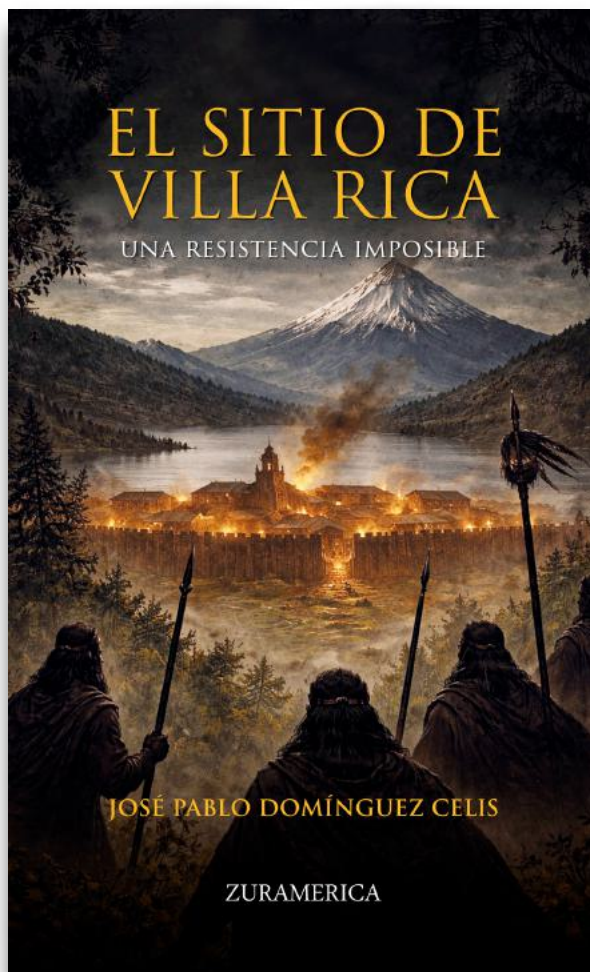
Palabras

“Busca todo, excepto el amor y la muerte. Ellos te encontrarán cuando llegue el momento”.

Sergei Yesenin

Novela

Tras la muerte del gobernador Martín García Óñez de Loyola en Curalaba, en 1598, el territorio de los mapuche se alza con una fuerza imparable. En el epicentro de esas vastas tierras se halla Villa Rica, una urbe aislada, sitiada y condenada a resistir. Bajo el mandato del corregidor Rodrigo de Bastidas, un grupo de hombres y mujeres — hambrientos, exhaustos, pero inquebrantables— se abrazan a su fe, su monarca y su tierra, luchando hasta el último aliento para salvaguardar su hogar a las orillas del lago Mallolafquén. Esta es la epopeya de una resistencia imposible: la historia real de una comunidad que optó por el honor en lugar de la rendición.



[COMPRAR AQUÍ](#)

El sitio de Villa Rica - Una resistencia imposible

José Pablo Domínguez

14 x 22 cm / 128 páginas

978-956-9776-73-1

2026, julio.

\$ 18.500

[Prensa y medios](#)

Los libros de nuestra editorial los encuentras En: www.zuramerica.com



citylab



queleopichilemu

Palmaria
LIBROS

autóras



BROS
LIBRERÍAS



Librería Zapallar



Gurruchaga 440 2doA (Lun. a Vie. 14 a 18 h), Buenos Aires.